

Cartas a Mis Pacientes

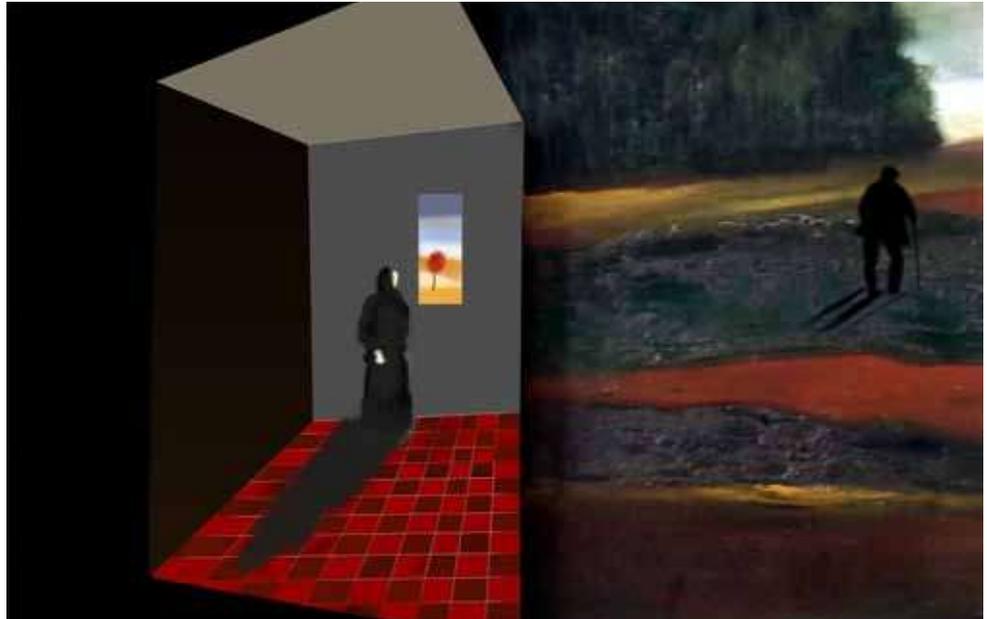


Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Evidencia del Mensaje de Sufrimiento Hereditario

En este artículo pondremos un ejemplo de la vida real para demostrar con claridad todo lo escrito. Se trata del caso de una mujer de 35 años que llega a la consulta con un solo síntoma importante para ella. No le viene la menstruación desde hace años. Y si le viene, es solo esporádicamente. Refiere que la última vez que le ha venido regularmente fue cuando se separó de su novio; después se sintió libre y contenta, segura de sí misma. Años después, se ha vuelto a enamorar y han vuelto a desaparecer las menstruaciones.

Cuando se configura la historia familiar nos encontramos (sin dar demasiados detalles) una historia con ciertas características que han constituido el lenguaje primordial, inconsciente y consciente, de la vida de la paciente. Resulta ser que, durante tres generaciones, mujeres dominantes y severas con los demás han tenido hijos naturales a escondidas, antes de casarse con sus maridos respectivos, que también han tenido otros hijos naturales fuera del matrimonio con anterioridad. Al final, acabaron casándose de manera oficial con sus respectivas mujeres (abuelas y madre de la paciente), ya que éstas habían quedado embarazadas.

Ellos, hombres sin responsabilidad amorosa, vivieron ajenos a las obligaciones como padres; el condicionamiento social los forzó a mantener la casa y los hijos, pero sin que ello implicara la capacidad para proteger y educar a los hijos que, por tanto, siempre dependieron solo de ellas.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

Las relaciones de todos los implicados han sido extremadamente violentas. Las mujeres han sido característicamente feroces, reprochadoras, dictatoriales e independientes, con mucho rencor y rabia por el mal amor y las traiciones, por la esclavitud de la familia y los hijos que hubieran preferido no tener, según afirman. Todo es una crítica y un reproche sin considerar, al mismo tiempo, toda la violencia que ellas han ejercido sobre el hombre y los hijos, lo que no ha permitido reconstruir un hogar ni un matrimonio feliz.

Nuestra paciente tiene cuatro hermanos mayores. Y la severidad de la madre, junto con la culpa silenciosa de haber tenido un “desliz” a escondidas del que nació el primer varón, la volvió castrante ante cualquier manifestación erótica y de alegría o simpatía con los compañeros o amigos de sus hijas.

Con ellas fue terriblemente ofensiva. A la mínima se desahogaba llamándolas directamente “putas”, “puercas”, etcétera (el clásico y peor insulto social e histórico dicho a las mujeres prácticamente en todas las culturas). Insultos que se repetían al menor gesto de gusto, coquetería o simples conversaciones en el portal de su casa.

Toda esta violencia solo pudo superarse por la paciente “paralizando” su expresión femenina y como persona. Desde entonces no se atrevió a expresarse sino de una forma falsa, siempre “políticamente correcta”. Sin embargo, el lenguaje heredado es el de mujer dominante, independiente, intolerante a que los demás le digan lo que tiene que hacer, convencida de que el amor no existe y siempre será traicionada por los hombres.

Prefiere estar sola porque así está segura de poder ser independiente y ser y hacer lo que ella quiere. Es poco propensa al matrimonio, al amor cuando ya no es un desafío; una conquista que, una vez realizada, abandona. Mientras esto sucede y se cumple, tal y como hubieran deseado hacer las mujeres antepasadas, siendo ella la que desprecia y abandona, le vienen todo tipo de síntomas: amenorrea, cistitis, cólico renal, que le impiden tener relaciones amorosas, organizando inconscientemente lo necesario para terminar la relación con las suficientes motivaciones para no sentirse culpable y volver a ser libre e independiente, lo que ella desearía.

Al pasar de los años, reconoce el terrible peso de este mensaje familiar: el bloqueo de su vida y el cuerpo se lo recuerdan. Se siente minusválida como mujer y como persona. Reconoce que pierde a los seres queridos y su vida es dura y desafecta. No es lo que quiere vivir. En ese momento empie-

za su verdadera historia de crecimiento y descubrimiento individual y personal, con la necesidad de superar el mandato adverso de su infancia y sus antepasados y tratar de recoger lo positivo que, con amor consciente, inconsciente o simplemente biológico, le han dejado en herencia y que, sin duda alguna, constituye también su don y su fuerza.

Cierto es que nuestro pasado nos condiciona, pero también lo es que **somos sangre nueva** que encierra el germen del futuro. Por tanto, la reflexión importante en estos tiempos donde es fácil caer en la tentación de culpar a los antecesores de todo lo que “yo no soy, no puedo ser, no sé ser o no quiero ser...” es, quizás, esa parte nueva, aún por descubrir, en donde se pueda, con un pequeño paso más, brindar a los demás la posibilidad de descubrir, reconocer y comprender una nueva identidad a través de mi realización individual, intransferible y personal.

Todo este sufrimiento moral, no resuelto, no superado, se ha traducido, con el tiempo, en trastornos del cuerpo que se han extendido hasta lo más profundo de su estructura y de su funcionamiento metabólico. Es así que la paciente viene a la consulta con un amplio mapa de sufrimientos físicos a lo largo de su vida que se desarrollan de la siguiente manera:

Enfermedades infecciosas: **todas**, lo que demuestra la gran dificultad que ha tenido para adaptarse al crecimiento. Empieza la menarca (primera menstruación) ya con gran temor y dolores que le impedían disfrutar de la transformación y su tránsito maravilloso, cuando se está sana y se comienza a ser mujer. En adelante, un penoso camino sin fin de alergias a las plantas, los metales y hasta el polvo, suprimidas con antihistamínicos con la consecuencia de una agravación progresiva y la tendencia a enfermarse hasta llegar a un adenoma hipofisario prolactinoma, que la obliga a tomar más fármacos y a otras supresiones compensatorias sin curar, lo que empeora su situación.

Para tratar de mejorar este caos orgánico y funcional, como si no tuviera nada que ver con su vida, su historia y su persona, le recetan anticonceptivos con la consecuencia natural de desencadenar una menopausia artificial precoz a los 20 años y destruir su expresión biológica femenina por excelencia: la menstruación y por tanto, la fuerza erótica y genésica, vital de su propia naturaleza.

Se seguirán problemas repetidos de candidiasis vaginal y cistitis con compromiso renal. Se consolida de manera estable una total pérdida de la menstruación (amenorrea crónica), por la que nos consulta, acompañada de un carácter incapaz de reaccionar, de

luchar por lo que quiere, adaptándose a todo lo que no le gusta y sintiendo que el único modo de estar bien es la soledad (estado indeseable para un ser viviente), retirándose de todo lo que es amor y amistad porque no sabe relacionarse. Es incapaz de reaccionar y pedir bien, libremente, lo que quiere porque tiene un terrible miedo a la opinión de los demás.

Para ella, el “otro” no será una fuente de alegría, conocimiento, descubrimiento y expansión de su vida sino siempre un **enemigo potencial**. Y el problema es que, aunque lo comprende, no consigue desearlo ni amarlo. Todo esto le hace estar llena de rabia reprimida que le hace explotar y perder las relaciones con los que más ama.

Y mientras, se da cuenta que le pasa la vida y no quiere ser así. Y no sabe cómo hacer para cambiar a pesar de las psicoterapias y los esfuerzos... hasta que llegó a la **Homeopatía** y se empezaron a resolver progresivamente todas las cosas, del pasado al presente, con la apertura de un futuro mejor, propio, verdadero y más maduro.

La diferencia pues, entre tratarse con Homeopatía o tratarse de otro modo es auténticamente significativa. El sufrimiento de la paciente, el significado de su enfermedad, sus problemas físicos concretos... sin la Homeopatía la condenan a llenarse de hormonas permanentemente o a visitar al psicoterapeuta durante toda su vida, preocupada constantemente por su salud, temiendo la extensión progresiva de sus problemas.

Dependiendo de su fuerza vital estará mejor o peor, pero no libre como corresponde a la vida, cuando se realiza la verdadera curación. Como todos conocemos, la vida será un esfuerzo continuo por intentar soluciones para **equilibrar el desequilibrio incluso día a día** y no resignarse, una vez que se ha hecho consciente del desastre vivido; a conformarse, como si el pasado fuese una realidad inamovible, “injusta pero irreversible”, de la que no podrá alejarse definitivamente jamás. Es decir, una especie de **destino fatal** para cada uno de nosotros que no nos permitiría la esperanza de ser lo que nos corresponde ser.

Eso que, sin embargo, es el mensaje más fuerte que vive dentro de nosotros y nos guía para comprender que estamos realizando nuestra propia batalla, nuestro camino, donde el timón se reconoce en algo muy simple: estar satisfecho o no satisfecho. El famoso “ser o no ser” shakespeariano.

Si aceptamos como verdad que “la infancia es el lugar donde después se vivirá toda la vida”, es posi-

ble (a través del arte de la medicina y la ciencia de la Homeopatía, debido a la extraordinaria posibilidad que se desencadena con su “efecto paradójico o *rebounding*”, es decir, la “acción secundaria” ya reconocida por Hahnemann en 1810) que se manifieste la curación individual y trascendente, la curación hereditaria.

El remedio justo según su cualidad, dosis, potencia y frecuencia, el llamado **simillimum** o la serie de remedios de similitud que sean necesarios, en las distintas fases de la vida, siempre considerando la totalidad de la persona como ser viviente único e inseparable, desencadena un verdadero proceso curativo.

Así es y esto es lo que ocurre. Algo tan extraordinario que constituye el centro de la revolución médico-científica, lo que hace que se considere a la Homeopatía como la **medicina del hombre nuevo** y la **medicina de la persona**.

El efecto de **sanación** y de **superación** de los conflictos existenciales de nuestra vida, con el tratamiento completo del arte y la ciencia homeopáticos, es lo que todo ser humano enfermo desea.

El sufrimiento se metaboliza. Pasa a ser historia, verdad, realidad... pero no condiciona más mi presente, aunque haya sido el sustrato en el que cada uno de nosotros ha empezado su existencia en la tierra. Sustrato de nuestro devenir, de nuestra evolución y nuestro lenguaje primordial. Eso que nos ha sido dado para “hacer camino al andar”. Ese camino donde nuestra vida, hecha de alma y cuerpo, se debe forjar, debe conocer, descubrir el misterio y llegar **de pie** a la meta, nuestra muerte. Al último pasaje, hasta nuestro propio final.

Ese camino extraordinario que reconocemos todos en nuestro interior a través de nuestros anhelos, nuestros deseos, nuestra tensión de cumplimiento bordada en nuestra memoria (subordinación) invisible y antigua. Ese camino que sentimos como un imprescindible pasaje de la esclavitud a la libertad. A la realización de este devenir, para volvernos progresivamente humanos, es decir, a este deseo de humanización que llevamos todos, como una fuerza que nos impele, con palabras o sin palabras.

A todo ello, tan extraordinario como necesario, contribuye la Homeopatía de forma espléndida, veloz y suave, concretando en modo evidente una realidad para cada paciente: la liberación progresiva, deseada y permanente, del alma y del cuerpo y el descubrimiento de su propia persona.